**El Evangelio en tiempos de Protesta. 11 de julio de 2021.**

15° Domingo del tiempo ordinario. Amos 7,12-15. Sal 84. Mt 6,7-13.

**A parar para avanzar… Lectura del Evangelio a pocos días de la fiesta de la Virgen del Carmen.**

Homilía del Padre Jorge Camacho, S.J.

Dibujo de Edwin Rave Espinosa en la Jornada Artística por Colombia.

*A Sara, Paola, Noriluz, y demás familiares y amigos de Eduardo Estrada Gutiérrez.*

En San Pablo sur de Bolívar, el 16 de julio de 2001, en la primera hora de la madrugada, Carmito, maestro de una escuela rural, se paró frente a la ventana de mi habitación, tan sólo cubierta por un anjeo verde que supuestamente impedía la entrada de los mosquitos, y dijo con voz profunda: “Jorge, Jorge, despierte, mataron a Eduardo…”

Faltaba un par de horas para la alborada de la Virgen del Carmen, y Gerardo, que era el párroco, abatido por la noticia, no quiso salir a acompañarla, ni tampoco a la procesión de medio día que congregaba a casi todo el pueblo.

Algo grave había pasado: mataron a Eduardo Estrada, líder comunitario, comunicador de paz, veedor de la gestión pública y, sobre todo, su amigo. Así que las cosas no podían continuar normalmente, había que parar, no se podía seguir celebrando todo normal.

Recordé a monseñor Romero y su misa única en la Catedral, respuesta al asesinato del Padre Rutilio Grande, el 12 de marzo de 1977, a quien mataron junto a sus acompañantes, Manuel Solorzano y el joven de 16 años, Nelson Rutilio Lemus, cuando se dirigían a celebrar una misa con campesinos. El domingo siguiente, Romero decidió que en todo El Salvador sólo se celebrara una misa, en honor a los tres asesinados: polémica decisión de profundo carácter profético.

Cuando Gerardo no salió, siendo el párroco, a presidir los oficios litúrgicos en una fiesta tan importante como aquella de la Virgen del Carmen, creo que en el fondo estaba expresando algo parecido a San Oscar Romero: las cosas no pueden seguir igual, acaban de matar a Eduardo, y eso era como matarle el alma a la comunidad.

Eduardo Estrada Gutiérrez era un hombre sencillo que creció como agricultor pero que se cansó de ver tantas injusticias, con un inmenso sentido de servicio, se volcó totalmente a trabajar por la comunidad, a buscar el bienestar de todos, y a denunciar los atropellos que diariamente sucedían en la región.

Su muerte, como tantas muertes de este país, sigue en la impunidad. El silencio y el miedo continuan imperando, para que nadie diga de dónde vinieron las balas. Hoy, 20 años después del asesinato de Eduardo, nuestro país sigue desangrándose, el asesinato de líderes sociales, lejos de acabarse, se ha recrudecido.

María, madre nuestra, 20 años después las procesiones en tu honor, como la de advocación de la Virgen del Carmen, que tanto te gusta, porque te recuerda el monte del profeta Elías que hablaba en favor de los pobres, siguen saliendo del mismo modo, como si nada pasara.

Sí, Madre querida, muchos creyentes se refugian en las iglesias como si nada pasara, y para colmo terminan acogiendo como doctrina irrefutable las repetidas mentiras de los gobiernos de turno, que logran hacer que odiemos a los que luchan por la vida y los derechos, y rindamos homenaje a los asesinos, hordas de gente buena que gritaban en otro tiempo a tu hijo, ¡crucifícalo, crucifícalo!, y hoy, en medio de unas protestas que parecen agónicas, vociferan que hay que darle duro a los “vándalos” y a todos esos “delincuentes” de la primera línea.

Pero ellos son tus hijos que luchan por la vida, y los proteges con tu manto. Ellos continúan, sin saberlo, el auténtico profetismo, arraigados en sus barrios y en sus comunidades son como Amós, llamados a profetizar a su propio pueblo:

« Yo no era profeta ni vengo de una escuela de profetas; yo cuidaba ganado y recogía higos silvestres. Pero el Señor me sacó de mi oficio y me dijo: “Ve y profetízale a mi pueblo de Israel” » Amos 7,14-15.

Amasías, el falso profeta, quiere que Amós escape a Judá, que deje de incomodar a la gente de bien, que no vuelva a profetizar en Israel, que se vaya, que se calle.

Los falsos profetas de hoy, que intentan legitimarse visitando tus santuarios en helicópteros militares, o mostrándose como perros guardianes de las doctrinas de tu hijo, son gobernantes que han tomado la senda cruel de la violencia.

Dice un refrán africano que, “los perros, por más ricos que sean, siguen comiéndose sus propios excrementos”. Por más que quieran parecer limpios, y a fuerza de repetir mentiras logren imponerlas como verdad, cada vez es más patente la hediondez de sus actos. Cuando los gobernantes llenan de violencia el camino de su pueblo, la bruma cubre toda la ruta, y discernir una salida se vuelve complicado.

Tu hijo Jesús encontró, en medio de las violencias de su época, la ruta del Reino de Dios, la de la fraternidad y la justicia, la de la paz y la reconciliación, y envió a los pobres, que eran sus discípulos, a anunciar la buena noticia a todo el pueblo, exorcizando los demonios del egoísmo y curando las fracturas de la comunidad.

Los discípulos de ayer en Palestina salieron con alegría a anunciar el Reino, de la misma manera que hoy en Colombia tanta gente se volcó a las calles y a los caminos en búsqueda de la vida digna: jóvenes, estudiantes, mujeres, campesinos, indígenas, maestros, obreros, comunidades barriales, gente de a pie, con un arsenal inmenso de creatividad, tambores, música, teatro, danzas, murales y grafitis, poesías y cuentos, conciertos y asambleas, sacralización de espacios populares rebautizados, y profanación de símbolos del poder y de la violencia.

Pero, poco a poco, en la medida en que el gobierno desplegaba su estrategia, la fiesta se volvió miedo y terror. Con sus estratagemas de siempre: represión, estigmatización, dilación y división, han logrado, en parte, que este movimiento amplio, democrático y pacífico, sienta que no puede más, obligándolo así a enfrentarse a la policía o a claudicar.

Madre nuestra, tú que acompañaste con valentía a Jesús en la cruz, y venciste el miedo reuniéndote con los discípulos a la espera de Pentecostés, infunde, en nosotros los creyentes, el espíritu profético, ayúdanos a desenmascarar los falsos profetas de Baal, que usurpan tan seguido las iglesias cristianas.

Tú, que nos enseñaste en el Magnificat que Dios exalta a los humildes y que llena de bienes a los hambrientos, muévenos, a todos aquellos que día tras día nos acogemos a ti, a entender que la fe verdadera implica parar y decir: “esto no puede seguir pasado”, que ni uno más de tus hijos muera, ni por la violencia de las armas, ni por la violencia del hambre y de otras injusticias.

Madre nuestra, anunciar hoy que el paro no está muerto es, quizás, anunciar la Buena Noticia de tu hijo Jesús. Conforta a todos los que resisten y persinten en la lucha por la vida y la defensa de los pobres. Amen.

Tomado de: <https://www.facebook.com/1239254819421900/posts/6436670189680311/>